

El relato de un nuevo “nosotros”

Metin Hakverdi

Cómo la socialdemocracia puede conseguir dejar sin aire al populismo en Europa

El moderno populismo se nutre de la enemistad hacia la globalización, de una actitud antiliberal y antiemancipatoria y de una hostilidad general a la democracia y a las instituciones. Precisamente estas son posiciones en las que la socialdemocracia puede encontrar buenas respuestas.

En el plano del lenguaje el populismo moderno emerge en la contraposición terminológica de “los de arriba” y “nosotros, el pueblo”, y en expresiones como “los partidos de siempre”. Trata así de negar por principio a los partidos consolidados la capacidad de actuar y de meter una cuña entre los implicados.

En realidad, mirando las cosas con perspectiva histórica, los socialdemócratas siempre han estado en condiciones de forjar una gran unidad. Los “nosotros” de los relatos de los últimos 150 años (“nosotros, los obreros”, “nosotros, los trabajadores”, “nosotros como partido transversal capaz de atraerse a grandes capas de la población”) se habían ido modificando considerablemente, sin duda, pero siempre conservaban una gran capacidad de atracción.

Sin embargo, ha sido precisamente la globalización la que se ha encargado de atomizar esa tradición de un fuerte sentimiento de quiénes somos “nosotros”. El acortamiento de las distancias, la concentración del mundo, constituye un complejo proceso que en Alemania —como rara vez antes— produce tanto perdedores como ganadores. La competencia internacional por salarios bajos no se detiene a las puertas de Alemania. Los trabajadores de la industria exportadora se ven beneficiados, pero tienen que acostumbrarse a unas condiciones de mercado mucho más cambiantes.

Ahora bien, justo ahí reside también la gran oportunidad de los socialdemócratas. Nunca en su historia el SPD ha defendido la tesis de que Alemania, como nación y como parte de una Europa unida, sea meramente una comunidad de competencia. No hemos creído en la “optimización de las fuerzas del mercado”, sino en un genuino equilibrio de intereses y, también, en la redistribución.

En los años noventa del siglo pasado esta posición parecía anticuada, también en sectores de la socialdemocracia. Hoy, ante el avance de la globalización, es más actual que nunca. Los socialdemócratas no podemos permitir que la política solamente sirva para hacer que la competencia entre las personas funcione lo mejor posible a escala nacional y global. Los electores no perdonarían esa actitud a los partidos socialdemócratas, como ahora ya se puede ver en muchos países de Europa. Una actitud como esa produciría, además, un mayor distanciamiento entre los populistas y las instituciones democráticas.

La tarea de nuestra generación socialdemócrata es casar sabiamente economía y solidaridad. “Nadie se enamora de un mercado interior”: con estas palabras caracterizó el socialista francés Jacques Delors el mercado interior en su primera plasmación. Forma parte de la ironía de la historia que antes de la crisis de los años 2007 y 2008 muchos conservadores se riesen de Delors por ese análisis: pensaban que el mercado interior tenía por sí solo tanto éxito que todos lo querían.

La principal tarea de la actual generación socialdemócrata es conseguir casar sabiamente economía y solidaridad.

Actualmente, tras una crisis financiera —y con populistas antidemocráticos en los Parlamentos de toda Europa—, sabemos que Delors tenía razón. La narrativa de la comunidad de competencia no funciona por sí misma para Europa ni para los distintos Estados miembros, y es muy posible que, aislada, todavía no haya funcionado nunca, menos aun en los tiempos de la globalización, la digitalización y las redes. Al contrario: la pura competencia alimenta la hostilidad hacia las élites y hacia la democracia, el racismo y el aislacionismo (véase el

Brexit) que todos tememos. Estamos ante actitudes irracionales, sí, pero explicables.

¿Qué hay que hacer, entonces? Tenemos que velar por que el debate político previo a las elecciones no gire solamente en torno a la optimización de la competencia, sino que también aborde las decisiones de principio de la política económica. El elector alemán ha de percibir las consecuencias de sus decisiones. Si se decanta por la Unión Demócrata Cristiana (CDU) o su aliada bávara, la Unión Social Cristiana (CSU), deberá tener claras las consecuencias para la política económica, y lo mismo sucede con el SPD. Solamente así se convencerá a los electores de que vale la pena votar y de que “los de arriba” pugnan democráticamente por encontrar las mejores alternativas para Alemania y para Europa.

Para los socialdemócratas esto significa que tienen que buscar todavía más intensamente que hasta ahora distinguirse en el terreno de la política económica y social de la CDU/CSU. Naturalmente también han de desarrollar posiciones propias orientadas al futuro en los campos de la protección del clima, la migración y la integración. Pero la política económica y social es el campo del SPD. Ahí es donde la socialdemocracia puede desmarcarse del conservadurismo. Ahí puede mostrar que vale la pena ir a votar. Ahí puede dejar claro que el argumento de “los de arriba”, que los populistas saben emplear magistralmente, es falso.

Para formularlo en términos estratégicos: el desafío para el SPD consiste en combinar sus posiciones de política económica con el relato de un nuevo “nosotros”. La vieja historia de “nosotros, los obreros” ya no funciona, igual que la narrativa de los trabajadores. El mundo laboral actualmente es demasiado variado para ello. Junto a los trabajadores industriales bien pagados y muy bien organizados sindicalmente están los autónomos sin personal a su cargo, los asalariados del sector servicios con sueldos bajos o los trabajadores que temen que la racionalización que va de la mano con la digitalización les deje sin empleo.

El SPD debería hacer del relato de un nuevo “nosotros” el centro de su posición. Para ello tiene que lograr dos cosas:

Primero, ha de distinguirse por principio de los “nosotros” de los relatos populistas y racistas. Por ello, nada de utilizar fórmulas de compromiso en cuestiones relacionadas con la migración, como “No pueden venir todos”. Con esas frases simplificadoras no se gana nada contra los populistas.

En segundo lugar: el “nosotros” del relato socialdemócrata tiene que llegar a las personas que necesitan realmente la

ayuda del SPD y que por eso también podrían votarle y le votarán. Son quienes ya hoy, a pesar de los grandes esfuerzos emprendidos, no reciben un salario digno y aquellos que, aunque les va mejor, han de preocuparse, sin embargo, de que todo su esfuerzo no sea suficiente en el futuro a causa del progreso técnico y de los efectos de la globalización. Este deslinde de la respectiva política económica ha de tener lugar en el centro del espectro político. Es preciso subrayar los contrastes con la CDU/CSU.

El “nosotros” del relato socialdemócrata tiene que llegar a las personas que no reciben un salario digno y aquellas que ven amenazado su futuro a causa del progreso técnico y de los efectos de la globalización.

El SPD tiene que ser y seguir siendo, en definitiva, un partido abierto al mundo. Ha de ofrecer también un hogar político en el futuro a quienes, por un lado, se esfuerzan y, por otro, a quienes esperan solidaridad si alguna vez no le va tan bien. Con independencia de que sea hombre, mujer, empleado, obrero, musulmán o católico. El relato de nuestro “nosotros” debe combinar apertura al mundo, rendimiento personal y solidaridad. En lo que respecta a la política económica, deberíamos ser —precisamente con el telón de fondo de la globalización— el partido de los salarios altos. Con nosotros que no se cuente para entrar en una competencia global que pase por salarios bajos en Alemania y Europa. ¿Aumentar la productividad? Sí, pero no mediante salarios más bajos, sino mediante la educación, la cualificación y la formación, que también se han de financiar estatalmente. Tenemos que abogar por un salario mínimo lo suficientemente alto para que los pensionistas no tengan que recurrir a los servicios sociales.

En el plano de la política social no podemos permitir que las personas se conviertan en meras “víctimas del mercado”. Quien eduque personalmente a sus hijos, tendrá más pensión. Quien cuide en casa a sus familiares, también tendrá más pensión. Y quien haya cotizado durante más tiempo, tendrá también más pensión. Aun en el caso de que sus ingresos fuesen muy bajos, porque queremos recompensar el esfuerzo, no el valor de mercado.

Con el relato de este “nosotros” nos distinguimos esencialmente de la CDU/CSU y del Partido Democrático Libre (FDP). Con ello también exigimos algo a las personas, por ejemplo la formación permanente. Pero no las dejamos solas ante la globalización. **TEMAS**